



UNA PEQUEÑA HISTORIA

AGUIRRE DE ECHEVESTE

Debo de confesar desde mi humilde y mínima atalaya de simple aficionado a las cosas literarias, que lo que más me gusta reflejar en mis esporádicos escritos, es todo aquello que se refiere a las pequeñas historias de mi pueblo.

Esas pequeñas historias que son destellos de unas formas de vida que fueron desapareciendo sepultadas por unos nuevos estilos de vivir, de producir, de relacionarse, de, en suma, entender la vida.

No cabe duda que la Historia, escrita así con mayúscula, es muchas veces la consecuencia de la suma de pequeños sucesos acaecidos en pequeñas poblaciones. Lo que quiere decir que todos los pueblos independientemente del número de sus habitantes, tienen también su historia local. Historia local que siempre hay que tratar de conocer lo más profundamente posible para poder entender mejor muchos de los acontecimientos que se pueden dar en un pueblo. Acaso para mejor entendimiento de todos, donde se dice pueblo se debiera decir municipio. Dicho queda.

Estas reflexiones, acaso un tanto confusas y deslavazadas, son la consecuencia de la deliciosa charla que el pasado 7 de Mayo pronunció en la Sala Capitular del Ayuntamiento, ese gran conocedor de las historias de Rentería y enamorado de su pueblo que es Antontxu Sainz. En su disertación, cuyo tema era el relativo al pasado industrial de Rentería en el aspecto textil, dijo una frase que me llamó la atención y que también despertó en mí viejos recuerdos, que si bien es cierto no estaban olvidados, sí estaban adormecidos por el paso de los años. Después de afirmar que no era técnico textil, dijo Antontxu Sainz; «pero profesionalmente me vi envuelto en dos de las industrias textiles renterianas, de las que fui enterrador y no por gusto...».

Esta en cierto modo melancólica referencia a la desaparición de dos industrias textiles de Rentería, ambas con un bien ganado prestigio incluso más allá de nuestras fronteras, me hizo retroceder a mí, atento oyente de la conferencia, al ya muy lejano año 1945.

El año 1945, fue en acertada definición de un periodista de aquel tiempo, «un año atroz». Un año atroz en el que finalizaba la más terrible guerra que la humanidad ha conocido. Año también en el que por primera vez en la historia de la Humanidad, unos seres humanos sintieron en su carne el mortífero mordisco del átomo desintegrado. Año en fin, en el que para bien o para mal comenzaba a surgir un mundo diferente al hasta entonces conocido.

Pues bien. En ese año histórico por tantos conceptos, también había un hito importante en la pequeña (o tal vez no tan pequeña) historia de Rentería. En ese año se cumplía el centenario de lo que se puede calificar como el inicio de la andadura de Rentería por la senda de la industrialización.

Efectivamente fue en 1845 cuando se fundó la Sociedad de Tejidos de Lino S. A., de Rentería, que era una de las industrias a que se refería el conferenciante al aludir a su involuntaria y nada grata tarea de hacer de enterrador de dos empresas textiles.

Acaso al hilo de este comentario sobre el hecho de que en 1945 se pudiera celebrar el centenario de una industria que al cabo de cien años seguía funcionando y produciendo, se podrían sacar aleccionadoras conclusiones sobre la potencia industrial de Rentería en otros tiempos, pero no es ese como se verá el objetivo de este comentario.

Ignoro los actos que la dirección de la Sociedad de Tejidos de Lino, más popularmente conocida con el sobrenombre de «la fábrica grande», organizaría para celebrar el acontecimiento centenario. Ya sabemos que 1945 no era un año apto para grandes celebraciones. Lo que sí puedo afirmar es que fui testigo de la, digamos elaboración de lo que actualmente es único y mudo testimonio de la celebración de la efemérides centenaria.

Me estoy refiriendo a la placa en mármol blanco que se ve en la fotografía adjunta. Esta placa estuvo durante muchos años en una de las dependencias administrativas de «la fábrica grande».

Realizada en una industria marmolera de la vecina localidad de Oyarzun, su autor fue un escultor de Alcoy llamado Jorge Martínez Jordan.

Esta placa, o mejor dicho esta lápida, que esa es la denominación que creo se le debe de dar, ya que lo que representa es algo que murió hace muchos años, se halla actualmente en un almacén de una industria situada en la orilla del río Oyarzun.

Sería una gran pena que por cualquier descuido, ese único vestigio del centenario de la primera industria de Rentería, se rompiera, se estropeará. Se perdiera, en definitiva.

No es mi intención emitir un juicio sobre el valor artístico que pueda tener la lápida en cuestión, pero lo que nadie podrá negar es que además del valor sentimental que para muchos estoy seguro tendrá, también puede ser una pieza interesante algún día cuando se haga un estudio sobre todo el proceso industrial de este pueblo. Eso por una parte, porque también sería una pieza de gran valor en un hipotético museo comarcal que instalado en Rentería sirviera para explicar a las futuras generaciones una parte del pasado industrial de Rentería.

Es por todas estas razones y tal vez corriendo el riesgo de meterme en un terreno que desconozco —propietarios actuales de la lápida etc.— por lo que me atrevo a sugerir que la lápida —que es de mármol de Carrara— sea debidamente embalada y guardada en un lugar seguro. Hasta que llegue el día en que pueda ser expuesta en un lugar adecuado como testimonio de un pasado que, como en la novela famosa, «el viento se llevó».

He mencionado más arriba el nombre del autor de la pieza objeto de este comentario. El escultor Jorge Martínez Jordan, llegó a Rentería a principios de 1942. Aunque no estoy muy seguro, su venida creo que fue una consecuencia de la guerra civil. Era natural de Alcoy.

Gran dibujante, con un profundo conocimiento del modelado en arcilla y un gran dominio del trabajo en mármol, Jorge Martínez Jordan tuvo una academia de dibujo y modelado en su casa, en la calle María de Lezo, creo que en el número 3.

Allá por los años 1943 o 44 (estoy citando de memoria) se celebró en San Sebastián un certamen de pintura y escultura con la denominación de «Certamen de Artistas Noveles» o algo parecido.

Jorge Martínez Jordan presentó un busto que titulaba «Sonrisa de niño». Le dieron el segundo premio. Era una escultura que representaba una cabeza de niño sonriente. Recuerdo que en la reseña que se publicó en la prensa se citaba muy favorablemente la obra presentada por Jorge Martínez Jordan.

Y nada más. Estos son los recuerdos que se fueron desperdiciando en mi mente mientras escuchaba una bella y amena conferencia. Son los recuerdos de una pequeña parte de la historia de mi pueblo. La historia de como hubo en Rentería una industria que en el lejano año 1945 cumplió cien años de actividad ininterrumpida. Y como lo único que queda para recordar aquel centenario es una lápida de mármol blanco de Carrara, esculpida por un escultor de Alcoy.

Tal vez pueda parecer una historia tonta. O acaso una pequeña historia de pueblo. Pero yo creo que es una bonita historia. Aunque esté mal contada.